

Una voz que traspasa el silencio

Pilar Altamira. Bióloga UCM y escritora

Leer una biografía, la historia de una vida, es tarea apasionante y educativa. Escribirla es algo bien distinto pero no menos atrayente. Exige a quien lo emprenda no sólo el conocimiento del personaje sino una suerte de enamoramiento que permita traspasar la frontera de las barreras físicas, la frialdad de unos datos para penetrar en el alma del biografiado.

Cualquier vida discurre en el tiempo, así las situaciones y el entorno de la persona cambian, crece en edad y se desarrolla pasando por las sucesivas etapas de la infancia, juventud, madurez y finalmente, la vejez. A lo largo de ellas van apareciendo nuevas características que marcarán el temperamento hasta fraguar el carácter definitivo que dibuja un perfil determinado. Todos esos pasos son importantes, pero sin duda lo que vivimos en la etapa de la niñez queda grabado a fuego en nuestro inconsciente y va a condicionar nuestro comportamiento adulto.

No es la primera vez que me demandan una biografía humana de mi abuelo y hacerlo vuelve a producir en mí la misma mezcla de sentimientos. Sus aspectos intelectuales, su inteligencia, sus conocimientos, su don de gentes o la facilidad con la que se expresaba, pertenecen al ámbito de su trayectoria profesional y ya han sido señalados y reconocidos en múltiples ocasiones, pero sabemos la diferencia entre lo que significa persona y personalidad, la descripción del Yo o los matices del Ego. La biografía humana contempla esas facetas que, por ocupar el terreno más íntimo de la persona, provocan en quien intenta otear en las profundidades de ese Yo, un sentimiento de respeto, de timidez incluso, sentimientos a los que me refería en un principio.

En el caso que nos ocupa, el Rafael Altamira niño creció y se desarrolló en un clima de calma y serenidad, en el seno de una familia de artistas. Tanto su padre, músico de profesión, como sus dos tíos maternos eran compositores y en la casa existía una buena biblioteca que ayudó a Rafael a desarrollar su inclinación hacia la literatura. Dotado de una notable inteligencia, desde muy jovencito se entregaba a la lectura y la investigación de cualquier campo del saber. No hay duda, era un niño serio que en vez de perder el tiempo en juegos y trastadas, buscaba aplicar sus conocimientos de una forma bien distinta, por ejemplo en llenar hojas de papel

con dibujos y artículos sobre mil temas que acababan en un pequeño periódico manuscrito que distribuía entre familiares y amigos.



Doña Rafaela Crevea y don José Altamira, padres de Rafael.



Rafael Altamira, estudiante en Valencia.

Paralelamente, y siempre bajo la influencia de sus padres, desarrolló una innata inquietud hacia los temas sociales y unos fuertes sentimientos humanitarios. Con su padre acostumbraba a visitar a los amigos enfermos y siempre se conmovía ante cualquier escena que le acercara al mundo de los menos afortunados. Recuerdo como evoca el paso lento de las cigarreras, pobres mujeres cansadas y sudorosas a la vuelta de su trabajo.

Esta característica continuó presente en él a lo largo de toda su vida, existe constancia de su preocupación por la situación de nuestros emigrantes y sus hijos, tanto en Europa como en América, su entrega a la causa de devolver a la mujer un papel justo en la sociedad, su interés por llevar la cultura a los trabajadores, ahí

quedó la Extensión Universitaria, y su lucha por adjudicar a los maestros una remuneración digna y justa en sus puestos de trabajo, etc.

Su sensibilidad no se manifiesta solamente en el ámbito social. En el plano más personal, se conservan cartas a amigos íntimos en las que habla de sus amores juveniles que dejan traslucir un alma romántica, enamoradiza y bastante vulnerable, como se aprecia en el impacto emocional de sus decepciones amorosas. Posiblemente esa forma de ser fuera el origen de sus ocasionales bajadas de estado de ánimo que le llevaban a refugiarse en su alicantina casa de Campello, para aislarse del mundo y recuperar fuerzas. En el ámbito familiar, su intensa vida profesional y sus continuos viajes, no le permitían estar junto a los suyos con la frecuencia que hubiera deseado, teniendo que conformarse con la comunicación epistolar. En algunas cartas relata el dolor tan grande que experimentó cuando sobrevino la enfermedad y la muerte de sus padres.

Esa tónica perduró toda su vida y a causa de ello, una vez creada su propia familia, tampoco pudo tener con sus hijos un intenso contacto. Mi padre contaba como cada mañana al levantarse para ir a la escuela, el suyo ya trabajaba hacia horas en su despacho y cuando tocaba acostarse, continuaba encerrado y su lámpara encendida.

Puedo seguir hablando de su amor a la naturaleza. No es fácil encontrar a alguien que se emocione ante una puesta de sol, el rumor del viento que agita las ramas de los árboles o el de un violín vibrando en una melodía. Estos sentimientos exigen un alma refinada que valore todo aquello que no se toca, ni se ve, ni se almacena, sólo se valora y se siente.

Rafael Altamira, siguiendo la orientación institucionista, disfrutaba con la observación de cada fenómeno que se manifestaba ante él. Lo mismo vivía con emoción sus paseos por la montaña que cuando paseaba a orillas del mar, en Levante o en Asturias y descubría esos fondos marinos que luego describe con exquisita perfección en tantos de sus escritos, o cuando se deleitaba con la música en los conciertos de los que era un gran aficionado.

Pese a poseer un temperamento colérico, Rafael se mostró siempre como un amante de la paz que rechazaba todo tipo de manifestación violenta. Denunciaba la intolerancia tanto racial como religiosa y así queda reflejado, por ejemplo, en los estudios publicados en el Boleín de la Institución Libre de Enseñanza, en los que analiza objetivamente la historia de España en el siglo XV reprochando a la

Inquisición los excesos del Santo Oficio en el caso de los judíos, así mismo reprueba la expulsión de los moriscos.

Por otra parte, es bien conocido el dolor que padeció en los numerosos momentos bélicos que le tocó vivir, su preocupación no era sólo por los desastres de la guerra en primera línea, sino por cómo se vivían sus efectos en la retaguardia, cómo lo vivían los niños, las familias y la sociedad civil. Aún más, se esforzó en educar y preparar a esa ciudadanía para que una vez finalizada la contienda, supieran recibir adecuadamente a los combatientes y vivir positivamente una situación de posguerra.

Viaja a América como delegado “de buena voluntad” designado por la Universidad de Oviedo y en su extenso recorrido por siete países americanos, su mensaje para la colonia española va dirigido en especial a procurar mayor atención a los emigrantes y especialmente a la educación de sus hijos, para lo que propone la creación de más escuelas donde reciban una formación que no permita su alejamiento de las raíces hispanas. Por otro lado, allí cumple un papel conciliador acercando las posturas divergentes de los grupos de exiliados españoles agrupados en diferentes asociaciones: Centro gallego, Centro asturiano, Centro castellano, etc, más el Casino Español, y enzarzados en continuas disputas.

De vuelta a España, ya en plena madurez intelectual, ocupa la dirección General de Primera Enseñanza y su nueva cátedra en Madrid. Finalmente tras estallar la primera Guerra Mundial exacerbado su talante pacifista, se vuelca en procurar soluciones internacionales para conseguir la paz. Pero las guerras lo persiguen y ha de soportar primero la Guerra Civil española y finalmente la segunda Guerra Mundial. Se exilia a México y muere el 1 de Junio de 1951.

Aunque a alguien pueda parecerle extraño, estas reflexiones sobre su persona me trajeron a la cabeza las virtudes teologales y las cardinales. Van a disculparme esta incursión en el Catecismo pero si nos atenemos a lo que en él se dice, se llama virtud a *una disposición habitual para hacer el bien*. Y cataloga dos clases de virtudes, las Virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad y las Virtudes cardinales: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Pues bien, me atrevo a decir que prácticamente todas ellas se encuentran en la trayectoria humana de Rafael Altamira.

No voy a detenerme demasiado en las virtudes teologales, pese a que la biografía de Altamira muestra ampliamente que tuvo FE en los valores espirituales más

elevados, fe en su pueblo, fe en los derechos humanos, fe en la humanidad y en un mundo demócrata. Creía firmemente en los principios que defendía y que practicaba y, pese a las adversidades, mantuvo siempre la **ESPERANZA** en el poder y la presencia de esos altos valores en el ser humano, confió en la regeneración de su pueblo y en la fuerza de la educación y la cultura para el entendimiento pacífico entre los pueblos y las personas.

En lo que se refiere al amor a nuestro prójimo, practicó la **CARIDAD** con el mayor grado de fidelidad y de fraternidad que las circunstancias le permitieron. No dejan de impresionarme sus palabras cuando expresa cómo le gustaría ser recordado “(...) No quisiera merecer de los hombres más que este juicio: no hizo mal a nadie a sabiendas. Hizo el bien que pudo, luchó por causas nobles y fue siempre leal a ellas.” Un gesto suyo poco comentado por desconocido, que aceptó con todo gusto, fue acoger en sus casa a las tres hermanas solteras de su esposa Pilar e incluso, en un principio, a su propio suegro. En alguna ocasión dijo: “No me he casado con una, sino con cuatro mujeres” Con ellas convivió, sus cuñadas viajaron con la pareja a Francia y solamente se separaron cuando el matrimonio partió para México y ellas regresaron a España, donde murieron.



Matrimonio Altamira con su suegro, sus tres cuñadas y sus tres hijos.

Haré mayor hincapié en el segundo grupo, las virtudes cardinales, aquellas que se denominan virtudes humanas o morales como más cercanas y responsables de regular nuestros actos, ordenar nuestras pasiones y, en definitiva, guiar nuestra conducta. La prudencia en todos sus actos y en sus decisiones, fue una constante en su vida. Nunca actuó despreocupadamente o con frivolidad y medía con sensatez las consecuencias que sus palabras o su intervención pudieran tener. Su formación institucionista se manifestaba con claridad en esa educación respetuosa y humilde ante los demás y en el esfuerzo de no ofender ni molestar jamás a nadie. No deja de sorprenderme que alguien con tan alta categoría intelectual y que había llegado a ser recibido en los más elevados medios sociales, pudiera mostrarse tan cercano a cualquier tipo de persona, tan desprovisto de altivez con todo el que se le acercara. Tenemos múltiples ejemplos de esta cercanía en su trato con los obreros en Asturias, con los huertanos de su tierra o con los pescadores de San Esteban de Pravia, cuando se levantaba al alba para salir de pesca con ellos.

De su entrega a la difusión y la práctica de la justicia nadie podrá dudar. Justicia es la virtud que fortalece una clara voluntad de dar al prójimo lo que le es debido. Pocos sintieron el principio de defensa de lo que es justo tan fuertemente como Rafael Altamira. Fue un ser justo por principio y por naturaleza. Comenzó estudiando derecho y lo aplicó a la historia, al ámbito comunal, a lo civil y a lo internacional contribuyendo, ya como Juez, a la creación de un alto Tribunal que arbitrara la situación en el caso de litigios entre los pueblos o entre las personas para evitar los horrores de las guerras. Su permanente defensa de la democracia, su apoyo a los desfavorecidos y el respeto a los derechos humanos, sus dictámenes jurídicos y sus conclusiones, nos muestran a una persona con un alto grado de ecuanimidad, de ética y de moralidad.

La fortaleza es una virtud que asegura la constancia en la práctica de nuestros principios, aún en las dificultades. Esa virtud fue la que lo mantuvo firme en los momentos más duros de su vida, cuando tuvo que salir de su patria a la que tanto amaba y a la que siempre sirvió. No hay duda que sufrió mucho con esa separación forzosa, dolor acrecentado por la preocupación de dejar a España en una situación tan triste pero, incluso en esos momentos, sus principios se mantuvieron inamovibles gracias a su gran fuerza de espíritu.



**Rafael Altamira, Juez Permanente del Tribunal de Justicia Internacional. La Haya
Pintado por Joaquín Sorolla para la Hispanic Society. New York.**

La templanza modera la atracción hacia los placeres sensibles y procura la moderación en el uso de los bienes creados. Si he de ser sincera, desconozco el grado de templanza de mi abuelo respecto al disfrute de los placeres sensibles pero, en cualquier caso, seguro que no traicionó su moderación habitual. En otro orden de cosas, nunca se conoció ningún gesto suyo ni un solo comentario destemplado frente a situaciones adversas, ni siquiera contra aquellos que le demostraron su animadversión.

He hecho verdaderos esfuerzos por mantenerme ecuánime al redactar este retrato humano ya que, lo reconozco, Rafael Altamira es un personaje que me deslumbra. Sus enseñanzas absolutamente válidas, quizá hoy más que nunca, conforman uno de esos casos en los que el tiempo no hace sino enriquecer un legado. Leerlo ha sido para mí, y se que para otros muchos, una guía moral, una fuente de ideas de futuro, un ejemplo y un caudal de conocimiento. En definitiva, este retrato nos muestra a una persona sabia, sensible y trabajadora, dotada de un carácter serio pero amable que como consecuencia de haber vivido una infancia feliz en el seno de una familia que supo educarlo adecuadamente, de disfrutar de una juventud volcada en el estudio y también en el entorno de la Universidad de Valencia donde pudo encontrar valiosos amigos y enriquecer su bagaje intelectual y finalmente encontrar en Madrid nuevas amistades, especialmente en el entorno de la Institución Libre de Enseñanza, alcanzó en la madurez de su trayectoria vital y profesional, el equilibrio y máximo desarrollo de sus valores éticos y morales. Sin duda sus constantes viajes por el mundo, reforzaron su amplitud de miras y su tolerancia y los contactos que mantuvo con los máximos representantes de la intelectualidad y la política exteriores, le permitieron llevar a cabo una ingente tarea en el plano de la justicia internacional.

En este año 2011 se celebra en España el AÑO INTERNACIONAL RAFAEL ALTAMIRA, con el apoyo de varios Ministerios, Embajadas, Universidades, Reales Academias, Fundaciones, historiadores, juristas, pedagogos y toda persona culta que admira y valora su obra. Esta efemérides, va dirigida fundamentalmente a despertar la memoria y la conciencia de la labor y de las enseñanzas que Rafael Altamira desarrolló en España, y fuera de ella. Desgraciadamente, es en su país donde más persistentemente ha sido ignorado. De ahí la necesidad de apoyar esta

iniciativa para que vuelva a resonar, a nivel nacional, el eco de “una voz que traspasa el silencio”, para que el interés por su figura se propague y permanezca, especialmente en el ámbito universitario que él tanto valoraba.